

bre se puede admitir que quienes nos informan de lo que pasa en el santuario más íntimo de las modernas asociaciones secretas no han estudiado sus rasgos característicos en las narraciones de los Padres, que ni siquiera conocen; si, no obstante eso, concuerdan perfectamente entre sí sus descripciones; si manifestaciones que, procediendo de aquellas sectas, llegan á hacerse públicas concuerdan á la letra con los principios de los antiguos gnósticos, como en seguida notaremos en varios autores modernos; resultan desde luego como absolutamente lógicas dos conclusiones. La primera es que debemos dar á esos relatos más crédito que el que ordinariamente les damos; y la segunda, que todas esas asociaciones secretas de la Edad Media y de los tiempos modernos se unen á la antigüedad por el lazo de una propaganda nunca interrumpida.

Al hablar así, no nos comprometemos á probar todos los detalles que la voz popular atribuye á las asociaciones secretas; pero que procure quien quiera relegarlos al dominio de la fábula: quítese á las formas externas lo que se pueda quitar, atribúyase á la fantasía lo que se juzgue prudente; eso no impedirá que haya un pacto intencional con el diablo. No vemos por qué se muestra tanto asombro y tanta aversión á esta doctrina. Lo que es cierto tratándose de herejes y de gentes instruídas ¿acaso no será posible á hombres y mujeres del vulgo? ¿ó es que el pacto con el diablo debe ser privilegio exclusivo de ciertas clases distinguidas? ¿se cree tal vez que Satanás da tal importancia á las tonterías y á todo ese fárrago complicado de que hablan los Rosa Cruz, las logias, Cagliostro, Casanova, los espiritistas y los hipnotizadores modernos, hasta el punto de que esas ceremonias estúpidas sean absolutamente necesarias para ponerse en relación con él?

Pero dejamos á los que sienten vocación para ello el cuidado de negar que las fantasmagorías supersticiosas sean un genuino culto del diablo; admitimos, sin duda alguna, que en el pueblo ordinario, crédulo, la verdadera adoración del diablo está menos esparcida que en las clases donde se

ha extinguido la fe; pero hay un culto del diablo. Centenares de inocentes fueron quemados como brujos, y los verdaderos brujos evitaron la mayor parte de las veces el castigo, como suele ocurrir con los grandes ladrones, los asesinos del pueblo y los seductores de profesión. Si se pretendía coger á los verdaderos servidores de Satanás, se debería haber ido á otra parte que á las bohardillas de los pobres.

Hay que buscar el más refinado culto del diablo allí donde haya llegado á su más alto grado una civilización falsa y sin fe; se había puesto de moda en la corte de Enrique III de Valois, como en la de Napoleón III y en casi todas las cortes alemanas de los siglos XVII y XVIII. La escogida legión de nobles corrompidos que se habían agrupado al rededor de Felipe de Orleáns, el infortunado regente; aquella asociación de compañeros de armas, de perdidos, envenenadores y ultrajadores de la fe, en que nadie podía ingresar sin que un jurado le concediese el título honorífico de taimado y de pillo, es decir, de que merecía la horca; en una palabra, la frívola sociedad del siglo XVIII no se tomaba la molestia, en su arrogancia, de ocultar las garras del diablo. Por la misma época, en Inglaterra, los ricos incrédulos encontraron un medio de dominar el esplín que los consumía á fuerza de permanecer en sus lechos de pereza llenos de oro; constituyeron una liga, cuyo único objeto era inventar nuevas voluptuosidades, satirizar la fe, y parodiar el culto divino con prácticas diabólicas, liga que fué llamada el *Club del fuego infernal*.

De esas clases salió la francmasonería en su nueva organización; si ésta, en su forma ordinaria exotérica rechaza la intervención diabólica, la necesidad que de ella experimenta halla satisfacción en sus centros especiales esotéricos reservados; y donde eso no es posible, las gentes entendidas encuentran siempre medios de procurarse aquel goce. Así es como, en nuestro siglo, si bien hemos oído decir últimamente que se había producido un

cambio, existía un club infernal en toda regla en el corazón mismo de Alemania, en Ratisbona. La sala de juntas representaba un infierno ricamente provisto de diablos; en traje de tales se presentaban los socios, y hasta las monedas que entre ellos usaban tenían la efigie del diablo. Y no creían prostituir su dignidad cooperando á esa broma infernal, príncipes, generales, presidentes, burgomaestres y empleados públicos; en otros puntos se procedía de distinto modo, pero la cosa era la misma.

5. La francmasonería.—Acabamos de mencionar la francmasonería; es un asunto peligroso. No hablar de ella es más fácil que decir la verdad respecto de esta asociación en términos comedidos. Muchos hay que no creen nunca lamentar bastante la existencia de sectas secretas; de oírlos, todo el mal tan sólo procede de esta fuente: eso es muy cómodo, y razonando así, se pueden cruzar tranquilamente de brazos y consolarse con la idea de que es inútil hacer nada contra aquel poder. Por otro lado, hállase también mucha gente que cree exceder algo en talla á la gente vulgar al satisfacerse con iniciar una sonrisa cuando recae la conversación en aquel asunto; son las avestruces que no ven en la francmasonería otra cosa que una reunión en que se bebe bien, se come bien, y se oyen enojosas disertaciones acerca de la humanidad, la virtud y la filosofía. Como siempre, la verdad no es ninguna de esas opiniones. Los francmasones no son los príncipes de este mundo; no se despoja Satanás de esa dignidad; pero son un elemento que debe tener en cuenta quien se interese por el mundo y por su época. No tendrían la influencia que tienen, si no hubiese en el mundo tanto mal; pero tampoco el mal tendría tanta fuerza si no encontrase en ellos un aliado, importante por el número y la hábil organización.

Las opiniones acerca de los fines propiamente dichos de la francmasonería difieren tanto como las concernientes á su influencia. Millares de francmasones afirman ser la gente más inofensiva del mundo, que son perseguidos de

muerte por las acusaciones injustas de una muchedumbre fanática y corta de alcances, como el lobo decía del perverso cordero. Lejos de nosotros la idea de hacerlos pasar á todos por hipócritas y embusteros; verdad es que el más ignorante de ellos no puede jamás serlo de buena fe; porque si todo es virtud angélica en la secta ¿á qué entonces el juramento de guardar secreto? ¿Sería tal vez únicamente por humildad y modestia? Sin embargo, la mayor parte de esas gentes no saben nada; lo que ven y lo que oyen no es más que palabrería hueca, enojosa, indigna de hombres; tonterías de niños. Por eso muchos se consideran inocentes, como sucedió á la mayor parte de los Templarios, que confesaban cuanto se les exigía, y morían en seguida jurando no haber palabra de verdad en los crímenes que se les imputaban, y que, sin embargo, no eran desgraciadamente por eso menos verdaderos.

Es por lo tanto incontestable que la francmasonería tiene malos fines; pero éstos no pueden ser suficientemente probados de manera tal que impidan calificarlos de puras invenciones á aquellos que los conocen. Por otra parte, aquí nos ocupamos tan sólo en la cuestión de si en las reuniones de los iniciados se celebra de hecho el culto de Satanás, ó no. Hay quienes lo afirman del modo más categórico. El gran arquitecto del universo, el dios de la francmasonería, dicen, ⁽¹⁾ no es otro que Satanás: según sus explicaciones, Adonai, el Dios de la Sagrada Escritura, es el mismo que Ahrimán entre los persas, Typhon entre los egipcios, el dios del mal, ⁽²⁾ el mismo que inventó los sacrificios humanos de Moloch. ⁽³⁾ Por el contrario, Lucifer es como Ormuzd y Osiris, el verdadero dios del bien, ⁽⁴⁾ el que arroja las tinieblas. ⁽⁵⁾ Sus emblemas son el

(1) Taxil, *Le culte du grand Architecte*, 118.

(2) Taxil, *Les frères trois-points*, II, 246.

(3) *Ibid.*, II, 243.

(4) *Ibid.*, II, 246.

(5) *Ibid.*, II, 237; *Les sœurs maçonnnes*, 324.

triángulo, ⁽¹⁾ el sol, ⁽²⁾ la serpiente, ⁽³⁾ ese ser benéfico digno de veneración; ⁽⁴⁾ de él procede toda felicidad, ⁽⁵⁾ dispone de las fuerzas y de los tesoros que yacen en el seno de la tierra. ⁽⁶⁾ A él le debemos el grato pecado, ⁽⁷⁾ y toda luz. ⁽⁸⁾ Él, que fué perseguido siempre, ⁽⁹⁾ pero jamás vencido, debe ser libertado por sus partidarios. ⁽¹⁰⁾ A él se le debe el supremo reino, ⁽¹¹⁾ que sólo mediante la lucha puede obtener. Porque Adonai continua siempre persiguiéndole con sus servidores; ⁽¹²⁾ contra éstos, pues, debe hacerse la guerra, y para ésta todos los medios son buenos. ⁽¹³⁾ Para expresar bien esto, el caballero Kadosch levanta en el festín un puñal contra el cielo, ⁽¹⁴⁾ y jura vengarse de él. ⁽¹⁵⁾ Para burlarse de Dios, los Rosa Cruz ejecutan una sacrílega parodia de la Cena, ⁽¹⁶⁾ y los hermanos disfrazan de abominable manera el salmo *Miserere* y el himno *Veni Creator Spiritus*. ⁽¹⁷⁾ En resumen; si todo esto es verdad, existe para los iniciados un culto diabólico tan completo, que no debe asombrarnos el ver que reaparece la antigua afirmación de los gnósticos, de que Caín, Cam y los que erigieron la torre de Babel son los verdaderos representantes y los verdaderos libertadores de la humanidad, ⁽¹⁸⁾ y que el infierno mismo está representado en la llamada cámara infernal. ⁽¹⁹⁾

6. El diablo en la literatura moderna.—Nos guar-

- (1) Taxil, *Frères*, II, 255.
- (2) *Ibid.*, *Architecte*, 138.
- (3) *Ibid.*, *Frères*, II, 245.—(4) *Ibid.*, *Sœurs*, 315.
- (5) *Ibid.*, *Architecte*, 270.
- (6) *Ibid.*, *Sœurs*, 328.
- (7) *Ibid.*, 264.
- (8) *Ibid.*, *Sœurs*, 324; *Frères*, II, 237.
- (9) *Ibid.*, *Architecte*, 270.
- (10) *Ibid.*, 115.
- (11) *Ibid.*, *Sœurs*, 330.
- (12) *Ibid.*, *Frères*, II, 225 y sig.
- (13) *Maçonnerie pratique* (Rosen), II, 240.
- (14) Taxil, *Architecte*, 138 y sig.
- (15) *Ibid.*, *Frères*, II, 255; *Maçonnerie pratique*, I, 341 y sig.
- (16) *Ibid.*, *Architecte*, 115.
- (17) *Ibid.*, *Sœurs*, 172, 318.
- (18) *Ibid.*, *Frères*, II, 240.
- (19) *Ibid.*, *Frères*, II, 201. Rosen, *Satan et compagnie*, (2) 131.

daremos bien de garantizar la exactitud irrefutable de estas afirmaciones y de otras semejantes: dejamos á los que las hacen el cuidado de suministrar las pruebas. Pero proponemos las siguientes preguntas: ¿Cómo los escritores que dan tales noticias llegaron á atribuir á las sectas modernas exactamente las mismas afirmaciones y los mismos procedimientos que los que la historia cuenta de las sectas secretas de la antigüedad y de la Edad Media, cuando ellos ni idea tenían siquiera de las narraciones hechas por los antiguos acerca de las atrocidades cometidas por sus contemporáneos? Y luego ¿qué conocedor de la moderna literatura no ve en lo que acabamos de decir algo de lo que frecuentemente encontró, y al pie de la letra, en obras accesibles á todos?

Si procediésemos con más método en nuestras lecturas, nos convenceríamos infaliblemente de que debe existir cierto lazo entre pensamientos que encontramos ser siempre los mismos; pero cuando las locuciones se repiten demasiado á menudo nos hacen una impresión desagradable. ¡Bien! decimos, aquí está uno que dice lo mismo; y seguimos tranquilamente la lectura sin tomarnos el trabajo de reflexionar. Pero ¿creemos realmente que las llamadas ideas modernas flotan al azar y ciegamente en el mundo, como los átomos de los epicúreos en el universo vacío, hasta que por fin se juntan las unas á las otras, acá en forma de estrella fija, allá en forma de cocodrilo? ¿No sería más prudente admitir que si los pensamientos giran siempre en la misma dirección como las estrellas fugaces en la noche de San Lorenzo, debe el hecho atribuirse á una causa general?

Pero, siendo así, muy bien podemos creer que detrás de la adoración del diablo, pública ó encubierta, de que nos da suficientes pruebas la moderna literatura, debe existir una causa que tiene alguna analogía con las sectas y los pactos que hace poco hemos examinado. Nada más diremos. En semejante materia vale siempre más decir demasiado poco que demasiado: los hechos, el odio ciego

contra la verdad, la deificación de las mentiras y del vicio, de tal modo hablan en favor de esto, que serían inútiles más explicaciones. La negación de la verdad, la lucha contra cuanto enseña y prescribe el Cristianismo, tan seriamente entablada está por la civilización moderna, que perfectamente puede verse que no vacilaría en declarar la guerra á Dios mismo, á destronarle y sustituirle con Satanás, si tuviese la certeza de que solo así podría triunfar el llamado espíritu moderno.

Muy frecuentemente, en efecto, para los corifeos de nuestra literatura no se trata ya de preguntar seriamente dónde se halla la verdad y de obedecerla sin reserva donde quiera que se halle. Todo antes que eso. Quien se ha prestado una vez á ser instrumento de lo que se llama ideas modernas ó liberales, y quien, lo que muy á menudo es idéntico, prestó el terrible juramento del caballero Kadosch de aceptar todas las leyes y todas las prescripciones de la secta, de hacer su credo del credo sectario, ⁽¹⁾ tampoco teme llamar tinieblas á la luz, y luz á las tinieblas, lo que es bueno, malo, y lo que es malo, bueno; en una palabra, de invertir los términos, de poner á Dios en lugar de Satanás, y á éste en lugar de Dios.

De ahí procede el fenómeno, que no comprendemos hoy mejor que en los tiempos de Babel. Lo que constituye nuestra gran gloria, domeñar la concupiscencia y quebrantar nuestra obstinación insensata, es considerada por ellos como esclavitud intolerable; en lo que buscan la verdadera gloria del hombre, que según ellos consiste en rechazar todo yugo, en rebelarse contra Dios y la conciencia, en sublimar el propio yo para hacer de él un Dios independiente, nosotros vemos un crimen, ante cuya sola posibilidad nos espantamos; en una palabra, es como si hubiese un choque entre sociedades sujetas á leyes intelectuales de todo punto diferentes, á una regla moral y á un orden de vida completamente opuestos, y á divinidades contrarias.

(1) *Muçonnerie pratique* (Rosen), I, 358.

En efecto, se formaron dos reinos, entre los cuales no es posible un armisticio, ni mucho menos la paz; y el abismo que los separa, de tal modo aumenta cada día, que es de temer no junte jamás puente alguno sus extremos. Nadie podría expresar esto con más claridad que lo hizo Goethe: «Basta ya de esa historia del buen Jesús, escribe á Mme. de Stein; ahora Hans Gaspard—se refiere á su amigo de otro tiempo, Lavater—teje á su Cristo una túnica de que hace depender el nacimiento, la muerte, la salud y la felicidad de todos los hombres. Esto desagrade y me parece verdaderamente intolerable. ¡Perdón! Pero siempre que renueva ese ataque contra nuestro reino, es necesario reservarnos á lo menos el derecho de protestar». ⁽¹⁾ Hemos citado ya en otra parte esas palabras, pero tuvimos que hacerlo de nuevo, pues difícil sería encontrar un pasaje donde se halle tan claramente expresado el pensamiento de que realmente se trata en la civilización moderna de fundar un reino hostil á Dios y al Cristianismo.

Pero hemos llegado al punto, y Goethe debe saberlo, de que el mundo considera como un ataque contra su reino el solo recuerdo de Cristo, y la creencia en un solo Dios vivo; por consiguiente, el reino del mundo está influido por opiniones, bajo el poder de leyes, sometido á una soberanía de todo punto incompatibles con la influencia, el poder y la soberanía de Dios.

Para comprender la verdad de estas palabras basta considerar la realidad. ¿Es posible reconocer á Dios el puesto que debe ocupar cuando se piensa y se habla como frecuentemente piensan nuestros escritores y enseñan al pueblo á pensar? Daumer, hombre de tan excelentes aptitudes, aunque rectificó más tarde, perdió sus mejores años y sus fuerzas en escribir una serie de obras destinadas á sustituir con una religión nueva el Cristianismo, que, según él, había acabado. Con ese fin, resucitó cuanto habían dicho los antiguos adoradores de la serpiente.

El Dios de la Biblia es para él un monstruo sanguina-

(1) Baumgartner, *Goethe*, (2) I, 519.

rio, un Moloch, que sólo se deja aplacar con sacrificios humanos; y como una religión que cree en ese Dios nunca podrá conducir á la verdadera civilización y á la verdadera moral, es necesario arrancarla de los corazones y sustituirla con una nueva religión universal. Ghillany usó un lenguaje parecido. Lo mejor que había en ello era que esos hombres consignaban su doctrina en obras solamente accesibles á un pequeño número de lectores.

Pero otros, judíos reformistas, antisemitas, socialistas, se dirigen á la muchedumbre, imbuyéndola en ideas que destruyen toda fe en Dios y todo respeto á lo que es santo. Hemos dicho ya que, según la enseñanza secreta que debe ser observada en las logias, el llamado arquitecto del universo no es más que el demiurgo de los antiguos gnósticos, el creador, es decir, Satanás. Es verdaderamente espantoso que hombres civilizados lleguen á adorar con ese nombre al diablo en persona, pero más espantoso todavía es ver que se trate abiertamente de propagar esa aberración entre quienes buscan la literatura con la esperanza de adquirir una cultura moderna.

Immermann, por ejemplo, lo hace al pie de la letra cuando recomienda á todos los hombres instruídos la adoración del diablo en términos dignos de los gnósticos. Merlín invoca á Satanás con desvergonzada audacia, y cuando aquél aparece, le saluda con esta blasfemia: «Dios de la primavera, tú vienes trayendo en tus hombros ruiseñores; traes el florido ramo de la nueva felicidad, y brilla el suntuoso banquete del rico otoño. Yo te saludo, bello príncipe del mundo, en quien se advierten la sublimidad y la gracia». (1)

Satanás le declara entonces que él se revela siempre así á los hombres instruídos: solamente el grosero vulgo no le conoce y se lo representa como de horrible figura. Y entonces Merlín responde: «¿Á qué inquietarte de lo que piensen los necios? Tú eres el demiurgo creador; nosotros los sabios te reconocemos y pronunciamos tu nombre con respeto». (2)

(1) Immermann, *Merlín* (Reclam), 44.—(2) *Ibid.*, 46.

Lenau va más lejos aún. En su *Faust* enseña cómo se puede llegar, primero á la defección respecto á Dios, después á la subordinación á Satanás, y por fin, al más fuerte odio contra Dios. Mefistófeles empieza su lección con estas palabras; «Me agradas, buen hombre, y por eso quiero decirte una palabra de consuelo; tu creador es tu enemigo; confíesalo. ¿Quieres ver si lo es? Comienza por atacarle. Demasiado modesto para preguntar, el que cree, obedece; como una dócil ternera, pasta en el trozo de pradera que le destinan. Jamás crecerá la verdad ante él. El eterno déspota dió á los hombres enigmáticos mandamientos. Esa ley no está grabada legible y claramente más que en el corazón del criminal que la ha desobedecido». (1)

De modo que la cultura moderna proclama como medio para llegar á la sabiduría y á la civilización, siguiendo el ejemplo del gnosticismo, el pecado y la rebelión contra Dios. El tentador halaga una vez más la arrogancia del hombre, y refiriéndose á la Sagrada Escritura, dice: «¡Oh amigo! triste estarás hasta la muerte, porque fuiste bastante tonto para amar, como te prescriben estas páginas, á ese monstruoso déspota primitivo». (2)

Esto produce su efecto. Fausto se aparta de Dios y escoge por señor á Satanás, exclamando con júbilo: «Me dí al diablo y le amo. ¡Viva el diablo!» (3)

Pero aun no basta eso. No es posible complacer á este nuevo dios sin abjurar del antiguo, convirtiendo en odio el antiguo amor y blasfemando del verdadero Dios, de tal modo, que toda reconciliación parezca imposible. Por eso en su criminal orgullo, levanta Fausto la mano contra las nubes que le amenazan, y dirige á la tempestad estas palabras: «Hagas lo que quieras con tu lóbrega tempestad, señor del mundo, yo desafiare tu poder. Mi cuerpo está aquí al borde del precipicio, pero la tempestad suscita en

(1) Lenau, *Faust* (S. W. edit. Barthel, 375 y sig.).

(2) *Ibid.*, 381.

(3) *Ibid.*, 424.